

# La formación analítica, el registro identificatorio y la construcción del “sí mismo”

Alberto C. Cabral

Me propongo plantear algunas observaciones en torno a la formación del analista, y a las responsabilidades particulares que le caben a nuestros Institutos en los momentos que transitamos.

Voy a retomar, en esa perspectiva, una tesis fuerte de Lacan [1967]), sobre la que volvió en diversas oportunidades (Lacan, 1973 y 1974): “El analista se autoriza por sí mismo”.

Sabemos que ha sido y sigue siendo objeto de múltiples críticas en ámbitos no lacanianos, donde -por desinformación, por pereza o por mala fe- es interpretada como una convocatoria al “vale todo”, que alentaría la práctica del psicoanálisis silvestre. Voy a detenerme en ella, confiando en que hacerlo puede ayudarnos a reencontrar sus alcances y su espesor conceptual.

Ante todo: ¿cómo entender este “sí mismo”<sup>1</sup>? Es claro que es un sintagma sin una acreditación fuerte en la jerga lacaniana como, por

---

<sup>1</sup> El giro en francés que utiliza Lacan, en las distintas ocasiones en que vuelve sobre la formulación que nos ocupa, es “*lui-même*” (« *le psychanalyste ne s'autorise que de lui-même* »). Una recorrida por el Larousse y el Petit Robert no arroja diferencias conceptuales en los usos de “*lui-même*” y “*soi-même*”: de hecho, al ofrecer ejemplos respecto de *lui-même*, ambos diccionarios pasan insensiblemente de una a otra formulación (de *lui-même* a *soi-même*). Es, seguramente, la razón por la que Graciela Esperanza, traductora de la *Proposición* y de la *Nota Italiana* en *Otros Escritos* (Paidós, 2012), opta por la formulación “si-mismo”, de uso más frecuente en nuestra lengua que la literalidad de “el-mismo”

citar un ejemplo, la noción de “sujeto”. ¿Se trata, acaso -como en algún momento le reprochó su amigo Levi-Strauss- de un desfallecimiento de Lacan, que lo llevaría a hacer entrar por la ventana ese mismo *yo* que había expulsado ruidosamente por la puerta? ¿Permite acaso una aproximación a los desarrollos de Kohut, o aun a las elaboraciones de su también amigo Winnicott? Me parece que son interrogantes que convendría no cerrar apresuradamente, para respetar la complejidad de la problemática en que se inscriben.

Me interesa subrayar que este “sí mismo” de Lacan constituye *un punto de llegada*. Esto es, designa los efectos de un análisis sobre la subjetividad, así como la noción de deseo del analista designa sus efectos en el plano del deseo. Presupone, entonces, haber transitado un proceso analítico.

Pero es un punto de llegada también para Lacan, en su elaboración progresiva de la subjetividad particular que corresponde al analista: aquello que Ferenczi (1928) evocaba como la “higiene especial” que debe “poner a punto” para sostener su función. En tanto punto de llegada, este “sí mismo” toma el relevo de las ricas referencias previas de Lacan al “ser” del analista. Es así como en la *Dirección de la cura* (Lacan, 1958b), por ejemplo, al tratar los efectos del análisis sobre “el núcleo del ser” (el *kern unseres Wessen* freudiano), destacaba que promueven una distancia respecto a las pasiones del ser que en cambio padece el neurótico. Esto supone, en el futuro analista, un acotamiento de la pasión por esperar del Otro el complemento que colme su falta en ser.

Registramos ya aquí un vector orientado al *desasimiento del Otro*, que pasa luego a ocupar un lugar central en la tesis que nos ocupa: “autorizarse *por sí mismo*” (no *en el Otro*). Es una formulación que

---

(el trabajo de revisión de ambas traducciones fue compartido por Esperanza con el analista francés Guy Trobas). Por último, consignemos que en la versión francesa de Wikipedia puede consultarse una entrada interesante para “*s’ autoriser de...*”, en la cual -amén de consignarse su uso frecuente en “la comunidad lacaniana”- se recurre también en forma indistinta a “*lui-même*” y a “*soi-même*”.

recoge una intuición compartida: el cuándo, el qué y el cómo interpretar, y -¿por qué no?- la fijación de las características del encuadre, constituyen un resorte exclusivo del “juicio íntimo” (Lacan, 1958a) de cada analista. Delegar esta potestad en el Otro (el supervisor, la teoría, la Institución) desdibuja el lugar del analista: acota su implicación en una experiencia que, para ser exitosa, la requiere al máximo.

Esta prescindencia del Otro echa luz sobre una rica observación que desliza Freud (1915), al referirse a las dificultades que plantea al analista varón la demanda de amor de una paciente en transferencia: “Sobre todo el hombre joven y *no bien afirmado* puede sentirla como una dura tarea. [...] Es *penoso* para el varón hacer el papel del que rechaza y deniega mientras la mujer lo corteja” (cursivas mías). Es claro que este varón “no bien afirmado”, sigue necesitando acatar los mandatos que prescribe su ideal viril para reconocerse en tanto hombre: desobedecerlos le resulta “penoso”, en tanto cuestiona su condición masculina. Los deslices de algunos colegas *seniors* corroboran que el rasgo “juvenil” que evoca Freud se corresponde, más que con la cronología, con una condición estructural: la necesidad neurótica -para afirmarse- de contar con el guiño del Otro.

Es seguramente a esta condición autárquica frente al Otro que apunta también una bonita formulación de Glenn Gabbard y Theodore Ogden (2009), cuando sostienen que el proceso de devenir analista abre a la posibilidad de “hablar con voz propia”. Es una aptitud que presupone haber acallado las voces de las identificaciones edípicas y sus relevos, que confieren un acento de ventrílocuo al decir del analista. Su rol de *portavoz* (Lacan, 1955) de la palabra inconsciente del analizante, se resiente en la misma medida en que se hace portavoz de los propios objetos de identificación.

Desde esta perspectiva, el “sí mismo” va desnudando su condición de *resto* de la operación de reducción que promueven los procesos de desidentificación en el curso de la cura. Designa el núcleo *operativo y singular* que pasa a orientar la actividad del futuro analista, con una eficacia tanto mayor cuanto más su formación le ha

permitido avanzar en el deshojamiento de sus catáfilas identificatorias. Retengamos lo de *singular*: el atravesamiento del plano identificatorio hace surgir la diferencia absoluta que especifica a cada quien, y que lo hace un irrepetible.

Esta condición de resto es compartida con el *objeto a*: Lacan (1962) nos lo presenta en esos términos en el Seminario X. Ambos se constituyen entonces en puntos de llegada del itinerario de la cura: es lo que nos permite reconocer en el “sí mismo” un grado de subjetivación posible del *objeto a*, en tanto causa de deseo. Y, también, un plano de subjetivación posible del deseo del analista.

En este punto, nos pueden ser útiles las elaboraciones del filósofo francés Jean Luc Nancy (2014a) sobre el *singular*. Nancy evoca la distinción entre el *particular*, que es parte de un todo, y el *singular*, que no remite a una categoría que lo incluye. Y nos recuerda que en latín clásico se habla de *singuli*, en plural (no *singulus*), para referirse a los “cada uno por uno” existentes. El único rasgo compartido por estos *singuli* es, exclusivamente, la existencia: no hay otro atributo que defina una esencia común, y que permita constituir con ellos una clase.

Sabemos que Lacan ha cuestionado la existencia del conjunto de “los analistas”, así como el de “las mujeres”. Es una recusación en la que se sostienen dos de sus aforismos: “el” analista no existe - “la” mujer no existe. No existe en ambos campos, para Lacan, un atributo compartido que permita conformar la clase lógica de “los analistas” o “las mujeres”. Hay un real de estructura que afirma a cada existente en su singularidad radical, y que hace tropezar al concepto que pretendiera agruparlos en un conjunto. Es por eso que la verificación de la existencia (de cada *singuli*, diríamos con Nancy) debe hacerse uno por uno.

Tomando en cuenta estas resonancias, no nos asombrará tanto que Nancy (*ídem*, b) retome una formulación del filósofo medieval Guillermo de Ockham... en la que encontramos el acento de la tesis de Lacan: “el singular se singulariza *por sí mismo*” (*se ipsa est singularis unum per se*). Esto es: su existencia no se sostiene como efecto

de una esencia situada por fuera de sí mismo y que él realizaría, en tanto sería tan solo su expresión particular.

Son desarrollos que nos ayudan a apreciar la consistencia de la formulación de Lacan, y a intuir sus derivaciones lógicas. Pero me quiero detener en algunas de sus proyecciones. Pertenecemos a Instituciones componentes de una Asociación Internacional (nuestra IPA) que durante décadas se arrogó el lugar del Otro autorizado para decidir quién era analista. Era reconocido en tanto tal quien cumplía los requisitos de un modelo de formación excluyente (Eitingon). Su exigencia de al menos cuatro sesiones semanales fue promovida como el *shibboleth* que dividía aguas entre el psicoanálisis *vero* y su versión silvestre (psicoterapias). Un lógico diría que era una apuesta a establecer una esencia y constituir en torno a ella el conjunto de “los” analistas.

Si adoptamos ahora una perspectiva panorámica, podríamos decir que desde hace unas tres décadas la IPA ha comenzado a resignar esta potestad. Podemos evocar al respecto tres mojones significativos. En primer lugar, la afirmación de Robert Wallerstein (1988), siendo su Presidente, sobre la existencia de “*varios* psicoanálisis”. Unos años después, la de otro Presidente, Horacio Echegoyen (1997): “Ningún grupo puede arrogarse hoy la representación excluyente del psicoanálisis”. Por último, la aceptación explícita en el 2007, por el *Board* de Enseñanza, de los llamados tres modelos de formación: el francés, el uruguayo y por supuesto el Eitingon. Es una decisión que supone el estallido de un paradigma: aun cuando tardemos en darnos cuenta, está llamada a cobrar alcances insospechados. Es que quien acepta tres, y además con variantes... ¡aunque no lo asuma cabalmente, ha abierto sus puertas a la libertad de cultos...!

Es lo novedoso del contexto de “turbulencia” (en el sentido bio-niano del término) que transitamos: brinda a nuestros Institutos la oportunidad -y la responsabilidad- de reformular creativamente, sin otro compromiso que nuestra transferencia al psicoanálisis, la oferta de formación que consideren más adecuada a sus tradiciones y a sus formas actuales de concebir la práctica analítica.

Podríamos decir que es un desafío que en sus trazos gruesos evoca las tareas que en el siglo XVI se fijó el Concilio de Trento. Para esos hombres devotos se trataba también de un debate sobre la transmisión. Los desvelaba dilucidar dónde reside el mensaje de la revelación: ¿solamente en las Escrituras o también en las tradiciones eclesíásticas? Estas últimas: ¿son esenciales para la transmisión y se les debe una fidelidad estricta o tienen un valor secundario, en tanto creaciones humanas asentadas meramente en costumbres?

Podemos evocar también -ahora en un horizonte laico- la rica perspectiva que para el análisis de nuestra coyuntura abre un texto del historiador inglés Eric Hobsbawn (1987): “La invención de tradiciones”. Nos ofrece un análisis del rol desempeñado por las *convenciones* en el proceso de consolidación identitaria y legitimación de las corporaciones. Y desliza una observación sugerente: en la medida en que las convenciones “requieren invariancia, pueden llegar a interferir con la otra exigencia requerida por una práctica, esto es, la capacidad de enfrentar contingencias imprevistas o fuera de lo común” (p.5). Es una reflexión que entra en resonancia con la observación de André Green (2011) respecto a los daños colaterales que impone la rigidez de lo que denomina el “estuche” (esto es, el encuadre), cuando las convenciones limitan la flexibilidad necesaria para liberar la eficacia plena del dispositivo (en sus términos, de la “matriz activa”).

Esta nueva situación ha disparado en la “galaxia IPA” un virtual -y auspicioso- estado deliberativo. La idea de “estado deliberativo” introduce una perspectiva de proceso que se conjuga con los tiempos que convienen a un cambio de paradigma. Son tiempos necesariamente extendidos, porque -al igual que en la experiencia analítica- son los requeridos para que puedan madurar, sin forzamientos, procesos de desidentificación. Reparemos que son los procesos a transitar en Instituciones como las nuestras, en que los *standards* -devidos estandartes- se han constituido en soportes identitarios que respaldan, imaginariamente, la condición analítica de muchos de nuestros miembros y de sus prácticas.

En el reciente Congreso de Londres, presentamos junto con Abel Fainstein un libro que -pensamos- constituye un buen reflejo de este estado deliberativo. Con el título de *On training analysis- Debates*, compilamos una serie de trabajos breves que abordan, desde distintas perspectivas, la problemática y los desafíos que sigue planteando el análisis de formación. Su primera parte recoge una veintena de textos de colegas de A.P.A. que participaron del debate amplio que se dio en la Institución entre 2013 y 2016 en torno a estos temas, y que dieron cuerpo a un *Dossier* publicado en 2016. En su segunda parte, incorporamos aportes de colegas interesados en el tema, comprometidos con el futuro de nuestra disciplina y provenientes de distintas regiones de I.P.A.<sup>2</sup> Nuestra expectativa fue (y sigue siendo) no sólo “reflejar” un debate que sigue abierto, sino por supuesto incidir en su desarrollo. En particular, apuntando a superar un enfoque meramente cuantitativo, que tiende a atascarse en la reivindicación de 3, 4 o 2 sesiones, para recuperar el espesor conceptual de la problemática en juego. Esto es, dilucidar parámetros metapsicológicos (ya no meramente formales) que respondan por la especificidad psicoanalítica de una *talking cure*.

Me interesa destacar que, en el “mientras tanto” que transitamos, quienes conducimos análisis de formación en las sociedades de IPA seguimos afrontando un conflicto de lealtades, en ocasiones “naturalizado”. Por un lado, los reglamentos institucionales siguen prescribiendo un “formato” preestablecido y universal al encuadre de los didácticos. Por el otro, nuestro juicio clínico nos autoriza y nos insta, en ocasiones, a introducir aquellas modificaciones del encuadre adecuadas a las vicisitudes transferenciales. La primera opción, preserva una *legalidad* institucional. La segunda, se autoriza en una *legitimidad* psicoanalítica. Cuanto más haya avanzado el analista en la construcción de su “si-mismo”, estará en mejores condiciones de resolver estas encrucijadas sin declinar su posición.

---

<sup>2</sup> La versión castellana del libro va a ser presentada en el próximo Congreso de FEPAL 2020, en Montevideo.

Tocamos aquí una responsabilidad de nuestros Institutos: ¿apuestan a formar profesionales obedientes a la moral institucional o a formar analistas “bien afirmados” en la ética autónoma frente al Otro que requiere nuestra práctica? La contribución de nuestras Instituciones a la subsistencia y el desarrollo de nuestra disciplina, depende en buena medida del primado de una u otra opción.



**Alberto C. Cabral:** Ex Director del Instituto “Ángel Garma” de A.P.A. (2013/16), donde dicta seminarios desde 1994. Autor de “Cuestiones en psicoanálisis” (Letra Viva, 2000) y de “Lacan y el debate sobre la contratransferencia” (Letra Viva, 2009). Co-autor, entre otros, de *Itinerari sul perdono* (Unicopli, Milán, 2010). Autor de “La formación analítica, en los tiempos del psicoanálisis plural” (trabajo pre-publicado, FEPAL 2014). Co-autor y compilador, junto a Abel Fainstein, de *On training analysis Debates* (A.P.A. Editorial, 2019).

## Referencias

- Cabral, A. (2014). La formación analítica, en los tiempos del psicoanálisis plural. *Caliban: revista latinoamericana de psicoanálisis*, 12(1), 35-54.
- Cabral, A. & Fainstein, A. (comps.). (2019). *On training analysis-Debates*. Buenos Aires: APA.
- Etchegoyen, H. & Miller, J. (1997). Entrevista. *Vertex: revista argentina de psiquiatría*, 7(26), 260-274.
- Ferenczi, S. (1984). La elasticidad de la técnica analítica. En *Obras Completas* (vol. 4, p. 64). Madrid: Espasa Calpe. (Trabajo original publicado 1928).
- Freud, S. (1915). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia, p.172. *A.E.*, XII.
- Gabbard, G. & Ogden, T. (2009). On becoming a psychoanalyst. *The International Journal of Psychoanalysis*, 90(2), 311-327.
- Green, A. (2011). *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo. Descubrimiento y reconocimiento del inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Hobsbawm, E. (1987). La invención de tradiciones. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 4/1991.
- Lacan, J. (1980). Variantes de la cura tipo. En *Escritos II* (p. 119). México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado 1955)
- \_\_\_\_\_ (1980). La dirección de la cura (a) Parte 4, punto 2; parte 5, puntos 9 y 12. b) p.219). En *Escritos I*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado 1958)
- \_\_\_\_\_ (2006). Seminario X: La angustia. Clase del 21/11/1962, p. 36. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1962/3)
- \_\_\_\_\_ (2012). Proposición del 9 de octubre sobre el psicoanalista de la Escuela. *Otros Escritos*, p.261. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1967)
- \_\_\_\_\_ (2012). Nota italiana. *Otros Escritos*, pp.327/8. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1973)
- \_\_\_\_\_ (1973/4). Seminario *Les non dupes errent* (inédito): clase del 5/4/1974.
- Nancy, J. (2014). *¿Un sujeto?* (a) pp.67/8. b) p.63). Buenos Aires: La Cebra.

